



MENUDENCIAS

“¡Y cuidado si era sabio el Príncipe! Como que la Universidad de Alcalá le hizo doctor de golpe y porrazo dándole patente de Aristóteles. Nombróle el Rey poco después gran almirante de sus escuadras, por cuyo motivo, aunque nunca había visto el mar, dióse al estudio de la náutica, y en la conversaci6n corriente encajaba términos de marina, diciendo con mucho énfasis: *Las cosas van viento en popa*; o bien: *echaremos a fogue a los liberales*.”

—Es inverosímil, que tales cosas pasaran hace más de un siglo—opinaria el señor Alvarez de Toledo.

—Yo por Salinas abogo, pues, aunque otros no lo ven, veo en él un pedagogo y un latinista también.

—Si; sabe más que Merlin; pero, Sarmiento diría: “Lo siento por el latín y por la pedagogía”.

—Si de la guerra no hablo murmura Elpidio, ceñudo— es porque pienso a menudo en Hindenburg ¡pobre diablo!

El doctor Dávila ha desmentido al doctor Oyhanarte.

Nada importaría que se tratase de un conflicto entre un senador y un diputado.

Lo espantable es la cuesti6n que puede suscitarse entre el autor de editoriales que parecen libros y el autor de libros que parecen editoriales.

Salaberry hacía un gesto de fastidio, al exclamar:

—No se puede gobernar sin plata y sin presupuesto.

Hoy, si de lo mismo trata,

grita, con gesto irascible:

—¡Gobernar es imposible con presupuesto y sin plata!

Entre señoritas que no quieren pasar por cursis. —Gracias a Le Bret6n, tendremos baños en la capital.

—Si; tendremos un Mar del Plata del género chico.

Justo es, lector, que celebres el nuevo descubrimiento:

Los ministros y las liebres Corren lo mismo que el viento.

El doctor Repetto, en la cámara.

—...“observaron los diputados en pleno recinto, los esfuerzos que hacía el espíritu de Sancho para encarnarse en un personaje de figura más o menos híbrida y voz meliflua en tanto afluautada.”

Hace mal el doctor Repetto el ocuparse con desdén del escudero de don Quijote.

Si viviese Sancho ¿no sería forzosamente socialista?

Las teorías pacifistas de Wilson.

El *Demokraten* opina que el presidente norteamericano “se muestra ahora favorable a los inmediatos intereses de Alemania”.

El *Deutsche Tages Zeitung* “declara que el discurso ha sido inspirado por ideas preconcebidas anti-alemanas y que su aplicaci6n significaría la destrucci6n de Alemania y sus aliados”.

Como se ve, existe un perfecto acuerdo entre todas las opiniones.

A eso conduce el ser beatífico y evangélico.

Gómez, con un espantoso miedo a la interpelaci6n, en un galopar furioso huye de la poblaci6n.

Unos gritan: ¡Misericordia!

Otros exclaman: —¡Abur!

Y alguno piensa: —Ese quiere descubrir el polo sur.

En *Memorias de un cortesano de 1815*, de Pérez Galdós, puede leerse lo siguiente:

“No está demás decir que un ministro era entonces un cero a la izquierda, un secretario del despacho, que a veces daba compasi6n. No servían para maldita la cosa, y fuera del *coram vobis*, allá se iban con cualquier escribiente. Todos saben que a un célebre ministro y hombre de Estado y gran repúblico, le desistió el Rey entonces por su *cortedad de vista*.”

No hay por qué decir que Pérez Galdós no presintió al ministerio de don Hipólito.

—Tú—dicen a Becú—Tú eres bravo y tremebundo. Contigo hay tres en el mundo: el Cid, Roldán y Becú.

El doctor Luna consiguió, taimado, que no hubiera sesi6n en el senado. Bien dicen los que dicen con acierto que es casi un Maquiavelo casi tuerco.

Otro párrafo de *Memorias de un cortesano de 1815*.

CORREO SIN ESTAMPILLA

E.—Buenos Aires.—
Eran lindos sus chistes de almanaque en la época feliz del mirinaque.

G. R. M.—Buenos Aires.—
Un alegre coplero de última fila, diciendo disparates se refocila.

Argos.—Buenos Aires.—Algo ha mejorado usted.

A. B. S.—Buenos Aires.—Ni aún diciendo pavadas consigue usted desollar. No es usted más que un mediano macaueador.

E. A. G.—Buenos Aires.—

Su porvenir nos espanta. Usted está condenado a morir despanzurrado del ripio bajo la lluvia.

R. J. B.—Buenos Aires.—Es usted incapaz de describir la avenida de Mayo y, en cambio, describe usted el Ganges con todos sus peces. ¿Será cierto que “venimos” mejor aquello jamás visto por nosotros?

M. A. L.—Buenos Aires.—
¡Son tan picarillos estos monigotes,

imitadorcillos

de imitadorzotes!...

E. Z.—Buenos Aires.—“Eduardo, rico barón”

Así empieza una novela de Goethe. “Ramón solía quedarse”

Así empieza *La gloria de don Ramiro*.

“Jacinto, mozo decente”

Así empieza el artículo de usted.

Lo cual significa que pueden empezar con nombres propios las obras aplaudidas y los engendros de algunos grafomanos.